

«La lozana andaluza» o la libertad del lenguaje

Escasean, por desgracia, las noticias concretas sobre la vida y menesteres del clérigo Francisco Delicado, autor de *La lozana andaluza* (1). Al parecer, era natural de Peña de Martos y pertenecía a una familia de judíos conversos. Salió de España hacia 1492 —acaso huyendo de posibles denuncias relacionadas con su origen judaico—, llegó a Roma durante el pontificado del Papa Alejandro VI y residió en dicha ciudad hasta 1527; apareció más tarde en Venecia y allí publicó anónimamente su «Retrato de la lozana andaluza». Durante su estancia veneciana se dedicó también a revisar y editar textos castellanos: «Amadis de Gaula», «Primaleón», «La Celestina»... Se cree que murió en Venecia poco después de 1534.

La lozana andaluza es el resultado literario de las múltiples observaciones y experiencias llevadas a cabo por Francisco Delicado en su época romana. Se sabe —o se supone— que era hombre rijoso y libertino, perito en rameras y burdeles, y que conoció en su propia carne los estragos de la sífilis, enfermedad introducida en Italia por las tropas francesas; Delicado logró curar del morbo gálico gracias al empleo de ciertas técnicas medicinales que él mismo divulgó en un pintoresco tratado sobre *El modo de adoperare el legno de India*, publicado en Venecia en 1529.

Al margen de su indudable valor histórico y testimonial, *La lozana andaluza* constituye uno de los ejemplos más preclaros del empleo sin restricciones de un lenguaje absolutamente funcional. Aunque Delicado afirma que «La lozana...» está compuesta «en el común hablar de la polida Andalucía», lo cierto es que, a lo largo de sus sesenta y tantos capítulos (o «mamotreños»), se entremezclan con la mayor naturalidad el castellano culto y el vulgar, el catalán, el italiano y —como afirma Bruno Damiani— la «jerigonza italohispana usada en

Roma por los españoles de baja estofa que llevaban mucho tiempo de residir allí, y que sin haber aprendido verdaderamente la lengua ajena, enturbiaban con todo género de italianismos la propia». Es precisamente esa «turbiedad» lingüística la que confiere a Francisco Delicado el carácter de escritor «libre». Delicado no se detiene con dudas ante un exabrupto, ni lima las frases desgarradas para adaptarlas a los exiguos moldes de un lenguaje académico, ni titubea a la hora de transcribir un neologismo de cuño popular. En la apología final de la obra, Delicado se excusa de haber escrito «vanidades»; pero al mismo tiempo justifica su léxico señalando que «conformaba mi hablar al sonido de mis orejas». Francisco Delicado no limpia, pule, ni da esplendor a un idioma; simplemente, lo mantiene vivo, fresco, útil, alejado de todas esas limpiezas que transforman el aseo en amputación.

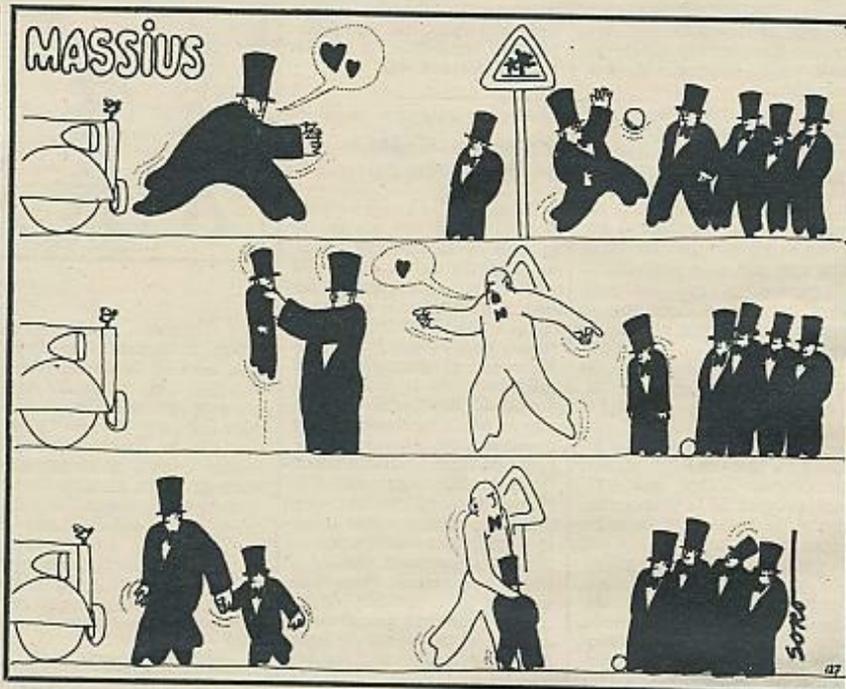
La editorial Castalia ha acertado plenamente al incluir en esta nueva edición de *La lozana andaluza* —recomendada a Bruno Damiani— un glosario de términos y numerosas notas a pie de página. Porque leyendo esta edición de la obra de Francisco Delicado, uno tiene la certeza de que algunas veces los clásicos no están muertos. ■ S. R. S.

Tres estudios sobre el niño

La Edad Contemporánea es la época del niño, y no nos percatamos bastante de ello, porque creemos que data de muy antiguo.

Los grandes educadores de la Edad Moderna, el francés Montaigne o el inglés John Locke, y todos los que como ellos se preocuparon de la pedagogía infantil desde el siglo XVI hasta el XIX, no cayeron en la cuenta que el niño no es un hombre en pequeño, sino que es algo completamente distinto. Sus procesos lógicos y morales son diferentes de los nuestros. Y toda educación debe tenerlo en cuenta.

Rousseau, en 1762, revolucionó las ideas al publicar su «Emile, ou de l'éducation». Por primera vez en la Histo-



ria —aunque esto parezca hoy mentira— se afirmaba: «la Naturaleza quiere que los niños sean niños, antes de ser hombres; y si queremos pervertir este orden, producirémos frutos precoces, que no tendrán ni madurez ni sabor».

Esta revolución fue tan importante, desde el punto de vista psicológico, como la revolución copernicana lo fue en astrofísica, la kantiana en filosofía o la marxista en sociología. Aunque —es penoso confesarlo— los prejuicios religiosos, sobre todo, impidieron realizarla en la práctica hasta hace bien pocos años.

Hasta entonces se vivían situaciones que hoy nos parecen incomprensibles, pero que en aquellas épocas parecían coherentes. Montaigne afirmaba con seriedad risible que los niños pequeños apreciaban más los diálogos filosóficos que los cuentos de Boccaccio en su «Decamerón». Y Locke decía que debíamos dialogar con los niños por medio de «a gentle persuasion in reasoning», olvidando que el niño no es ante todo razón, que eso lo es el adulto solamente.

Eran esos siglos de la Edad Moderna, a pesar de sus avances, la época de los monstruosos niños prodigio, cuyos educadores olvidaban la sensata afirmación de Rousseau.

En 1550, por ejemplo, nació el protestante francés Théodore Agrippa O'Aubigné que «a los seis años leía griego, latín y hebreo, y traducía a Platón del texto original al francés, aun sin cumplir ocho años» (doctor J. H. van der Berg, *Teoría de las Modificaciones*, editorial Carlos Lohlé, Buenos Aires). Y a los diez años, la Santa Inquisición le amenazaba con la hoguera, por sus ideas religiosas protestantes contra la Misa, actitud represiva con un niño que parecía lo más natural del mundo en aquella época, al considerarlos como si fuesen ya hombres claramente responsables. Estos ejemplos eran frecuentes y resultaban producto de esa educación no-infantil que entonces se daba, y que agostaba prematuramente el espíritu maduro y crítico.

Por eso es necesario que los padres y educadores conozcan bien la actual psicología, no la puramente académica, sino la que deriva de una orientación profunda —fundamentalmente freudiana—, y de un conocimiento científico y vital de la infancia y su evolución.

Para ello servirán los tres libros que edita ahora en castellano Herder. Dos del médico, psicoanalista y pedagogo alemán Hans Zullinger (Evo-

lución psicológica del niño y la *Introducción a la psicología del niño*), y el otro del médico y morfo-psicólogo francés Louis Corman (titulado *Examen psicológico del niño*).

Zullinger, además de sus méritos como pedagogo y psicoterapeuta infantil, es un ameno escritor que sabe dar viveza y sentido práctico a sus libros, llenos de sus experiencias de la vida. En su *Introducción a la psicología del niño* —publicada en alemán en el año 1967— intenta la difícil tarea de que un adulto comprenda al niño olvidando el usual y socorrido expediente de juzgarle como el piensa espontáneamente que es un niño. La fuente constante de errores, que son consecuencia de esta equivocada actitud paterna, se puede apreciar, sobre todo, en la postura de padres y educadores respecto al castigo. Cuando los niños nos irritan por sus faltas de conducta, acudimos al castigo como solución que creemos única y expeditiva. Pero Zullinger, con acopio de razones de psicología profunda y de experiencia, nos enseña que el castigo es como los antiguos emplastos «que ocultan el mal que hay debajo de él», pero «la infección continúa y el pus aparece por otro lado». Los castigos, como «los emplastos,

(1) Francisco Delicado, *La lozana andaluza*. Edición, introducción y notas de Bruno Damiani. Ed. Castalia, Madrid.

a pesar de ser ampliamente usados en la educación para evitar que se manifieste el desarreglo interior, no son curativos».

Por eso psicólogos como Skinner —dando un paso más adelante— propugnan, a la luz de las últimas investigaciones experimentales, que todo castigo debe ser suprimido a nivel individual, familiar o social. Y yo me inclino cada vez más por esta postura.

Los análisis que, en esta obra, plantea Zullinger se complementan con el estudio evolutivo del niño que hace en su segundo libro titulado *Evolución psicológica del niño*. En él estudia —a la luz de Freud— el miedo infantil, los pequeños hurtos de los niños y las fases de su desarrollo psicológico: la oral, anal y fálica, propias de la primera infancia; la de latencia, entre los cinco y doce años, y, por fin, la genital, propia de la pubertad y adolescencia. Examina, sobre todo, muy detalladamente casos bien concretos, que suelen ser desorientados por padres y educadores, como el de los pequeños hurtos infantiles. Hurtos que no son normalmente predisposiciones para ser futuros delincuentes, y por eso no deben ser castigados, ni considerados como una falta moral, sino como algo significativo. Estos «hurtos simbólicos» deben, por eso mismo, ser analizados comprensivamente, y orientados sin angustia, siguiendo los consejos tranquilizadores que da Zullinger.

El último libro, el del doctor Corman, es muy diferente. Se trata de un resumen de sus estudios y observaciones acerca de la fisonomía humana, para deducir el carácter de una persona a través de ella; también se estudian los demás métodos de análisis de la inteligencia y de la personalidad infantiles, dando pautas prácticas para los que tienen, por obligación o por vocación, que conocer a los niños. El doctor Corman insiste, con razón, en que el psicólogo no se hace sólo con baterías de «tests» a su disposición, sino uniéndolo a ello una intuición vital de que muchos padres y educadores carecen, y por eso fracasan tantas veces en su cometido.

Ciertamente, estamos a mucha distancia del tipo de obras que publicaban, no hace muchos años, las editoriales católicas. Estos trabajos actuales son puramente científicos —y, por tanto, perfectibles—, pero que no parten ya de esas recetas morales tradicionales, que tanto daño han hecho a la evolución y desarrollo humanos, pesando sobre todos nosotros como una

losa, que nos ahogaba, con su desacierto científico y su empirismo superficial. ■ E. MIRRET MAGDALENA.

Para entender la Historia

El editor presenta esta obra (1) como «un intento de síntesis de la Historia humana a través de su desarrollo político, social, económico, bélico y cultural». Y el lector deberá reconocer que el «intento» se ha logrado. Dos volúmenes: el primero, desde los albores de la Humanidad hasta la Revolución francesa; el segundo, desde ésta a nuestros días. Seiscientas páginas en total. Distribuidas en la proporción siguiente: doscientas sesenta corresponden a mapas; cuatrocientas setenta a gráficos y cuadros sinópticos, y trescientas sesenta a texto. Los mapas, rebasando su función geográfica de situar el escenario histórico, se animan y dinamizan a base de claros lineamientos, en los que el color juega un importante papel, culturales, políticos, bélicos o sociales. Y, desde esos mapas animados hasta el texto mismo, pasando por los gráficos, todo es en la obra «atlas»: cualquier punto de la Historia humana puede situarse, sin esfuerzo, en su contexto general. Es, pues, la obra, a la vez, estructura y libro de consulta. El formato, de bolsillo, añade el valor de la manejabilidad.

Libros así, más baratos que la mayor parte de los que sirven de texto a nuestros hijos, deberían ser obligatorios desde la Enseñanza Básica. Porque en el estudio de la Historia suele fallar lo que este «Atlas» facilita: un armonioso e inteligible «esqueleto» y una posibilidad de acudir, en un momento dado, a la consulta que nos sitúe con exactitud en el contexto general de la Historia. Y, al revés, el hombre que, teniendo clara esa estructura general, necesite el dato preciso, tiene también una rápida entrada por los índices que constituyen, sobre el «Atlas», una auténtica enciclopedia. ■ B. DE A.

(1) Hermann Kinder y Werner Hilgemann, *Atlas Histórico Mundial*. Libro de Bolsillo Istmo. Madrid, 1971-1972. Dos volúmenes.

Mafalda, o de la amarga realidad

Aparentemente no existe motivo para insistir, de una forma positiva, sobre Quino



y su «Mafalda»; aun así no es superfluo comentar la aparición en España de un nuevo volumen (1), dedicado esta vez a la realidad. Con él, Joaquín Salvador Lavado, Quino, continúa la construcción del mundo infantil de la pequeña Mafalda y sus amigos, la narración de un cuadro costumbrista que la universalidad de su perspectiva hace rebasar los estrechos límites nacionales para convertirlo, en cierto modo, en un alegato que responde a la moral de toda una civilización.

Joaquín Lavado, dibujante publicitario, se dio a conocer como historietista en una revista especializada —*Dibujantes*— bonaerense. Mafalda nació accidentalmente, como secuela de la creación de una familia de clase media para un anuncio de electrodomésticos, en 1964. El 29 de septiembre del mismo año aparecieron las tiras iniciales de «Mafalda» en el semanario *Primera Plana*. Al personaje nacido de y enfrentado con la sociedad de consumo se fueron añadiendo otros: Manolito, hijo del emigrante gallego, bruto y sin escrúpulos mercantiles; Felipe, último ejemplo de una especie de idealistas y soñadores, y Susanita, la niña integrada. Más tarde, Miguelito y Guille, el hermano menor de Mafalda. Del volumen que comentamos cabe entresacar la aparición de dos nuevos personajes, la tortuga «Burocracia» y una amiguita muy diminuta de Mafalda que responde al nombre de «Liberdad», y la participación ya más destacada de Guille, que empieza a dejar en ridículo a sus padres, se atreve a declararle la guerra a Mafalda con su amor a la sopa y, colocándose unas gafas, se autodenomina «intelectual». Entre todos ellos forman una sociedad infantil punto por punto reflejo de la adulta, pero cuya condición, precisamente, pone de relieve las contradicciones con ésta y enfrenta a ambas. Quino se vale de este choque para, exagerando caricaturesca-

mente los términos, proponer un humanitarismo bienpensante que, en determinados puntos, es descaradamente panfletario. Ahora bien, no olvidemos que, al margen de que la obra de Quino es pretendidamente de un panfletarismo delicioso, es muy posible que éste sea un camino a considerar con todo respeto.

No añade Quino nada nuevo a su concepción de la realidad, a pesar de dedicarle el volumen. Para el autor, la realidad es el cúmulo de pequeñas cosas habituales y grandes inquietudes —que, no obstante, no hacen tambalear a aquel mundo cotidiano— que mueven a los personajes de su tira. Su sabiduría consiste en que cada día el lector de periódicos fije su atención, aunque sólo sea durante diez segundos, en un problema que por su cercanía merece la pena considerar y cuyo cuestionamiento es una invitación a la integración crítica, pues más allá tampoco se aventura Quino. Y la realidad de este nuevo volumen es la mezcla de las vicisitudes en tres frentes: su propia clase, sus compañeros de juego; sus padres y la vida de la clase media y, en último término, el eterno socio-local directamente determinado por la situación mundial. La ideología de Mafalda y de Quino se entronca con el humanismo, ampliamente entendido; el compromiso con la sociedad y la crítica de sus costumbres se hace desde una posición que muchas veces peca de purista, quizá por los límites de expresión del medio donde se insertan las tiras, y que casi nunca llega totalmente hasta el fondo. Porque Mafalda se retrae cuando los problemas buscan la resolución en sus causas; Quino, entonces, se aferra a abstracciones que acusan por igual a todo el mundo.

Con la frase «los niños y los locos dicen siempre la verdad», no sólo Quino, sino también otros dibujantes han encontrado un vehículo para su expresión. En la dilatada tradición de niños en el cómic ha habido ejemplos desde el

momento en que aparece este medio de expresión: «Yellow Kid», de Outcault, convencionalmente aceptado como primer cómic, era un niño que todas las semanas encontraba motivos para criticar la sociedad neoyorquina; desde él hay cientos de muestras en las que los niños son el obligado centro del mundo. Pero entre ellas, los «Peanuts», de Schulz, y «Mafalda» hay diferencias fundamentales: mientras que los primeros representan un mundo infantil donde los problemas son los considerados como infantiles por la educación burguesa, los «Peanuts» fuerzan la aparición de la metafísica de ese mundo y «Mafalda» es la contestación a ambos. En «Sal y Pimienta», de Mayer; «La Pequeña Lulu», de Marge; «Daniel el Travieso» de Ketchum; así como en sus antecesores: «The Katzenjammer Kids» de Dirks; «Little Jimmy», de Swinnerton, y en todos los dibujantes de las *kid strips* (tiras de niños) de los años veinte, el mundo de los adultos aparece como una sombra en ligera contradicción, pero que se completa con la existencia de los niños y donde la convivencia es posible. Schulz, voluntariamente, los excluye; en «Peanuts» no hay lugar para el adulto, cuya voz sin rostro aparece como elemento distanciadador. «Mafalda» —y aquí podríamos citar a «Berto y el Profe», de Alcalá y Hernán—, en cambio, y siguiendo el «Miss Peach», de Lazarus, se enfrenta con los adultos, haciendo de su presencia un dato necesario para comprender el submundo infantil; los choques de éste con aquél es la relación dialéctica de la que se desprende la toma de posiciones de los niños. Las contradicciones de éstos entre sí no empañan las decididamente encarnizadas relaciones paterno-filiales, ejemplificadas de las sociedades, sino que, en suma, «Mafalda» quiere confirmarnos la necesidad de una crítica y revisión constantes, realizadas, sobre todo, a nivel personal. ■ JESUS CUADRADO-IGNACIO FONTES.

(1) *Mafalda*, núm. 7, de Quino. Editorial Lumen, Barcelona, 1971.